

COLABORACION - CONCURSO

Falso Jazz, falsos «hotfans»

Un enjambre de orquestas, miles de composiciones estrenadas cada semana y millones de discos dan fe de la afición que reina entre el público a la llamada música de Jazz.

La palabrita esta, jazz, junto con las de sus variedades, hot, swing, etc., está en boca de nuestra juventud e incluso en la de quienes no pueden considerarse comprendidos en ella.

Mas si analizamos las orquestas, las composiciones que gustan a la mayoría aplastante de público y las grabaciones que más éxito de venta alcanzan, vemos con desencanto que en España el Jazz es tan mixtificado y adulterado, que más que tal, es un pésimo sucedáneo elaborado con materiales de poca calidad en la mayoría de casos.

Y con respecto al público, no voy a referirme a la legión de entusiastas de estos fragmentos de zarzuelita con ritmo que tan arrollador éxito obtienen entre el mundillo maritornel y en las pistas de baile de poca categoría. Tampoco, y con ser tantos, fijo mi implacable mirada en los amantes de estas dulzonas o desconyuntadas interpretaciones que animan nuestros salones de primerísima, llenando ora de ensoñador arrobó a las niñas de nuestra «crème», ora de desarticulador entusiasmo a los «pollos» adoradores del paso triple.

Lanzo mi anatema contra los «snob» que asisten a nuestras «jam sessions», leen nuestras revistas y hablan con desparpajo de la técnica de Jack Teagar-

den, Sidney Bechet, Franky Trumbauer, etc., y se llenan la boca con las maravillas de Duke Ellington y Louis Armstrong; y si diatribo contra ellos es porque carecen de tal modo de la intuición jazzística que, como he podido comprobar, se entusiasman, gritan, patalean, lanzan algún que otro berrido y gesticulan (todo lo que es posible hacer, en fin, excepto escuchar) ante una ejecución —valga el doble sentido— de cualquier esperpentó de ritmo trepidante o con remotas semejanzas a re-bop.

Si el número que se interpreta es de ritmo lento, a pesar de la superioridad de su ejecución, el mosconeó de su conversación se hace insoportable y su atención y su espíritu, del que no quiero dudar, andan bien lejos.

Son ellos los que entorpecen el enfrentarnos con la incomprensión y malevolencia de nuestros detractores. Al propio tiempo dan auge a que nuestro Jazz se incline por tales derroteros que induzcan a suponer que se trata de una clase de música en la que cuanto más ruido se introducé, mejor. En el Jazz hay violencia y dulzura, frenesí y languidez, como en cualquier rama del Arte; sostener una polémica con esta base, nos coloca en igualdad de condiciones con los partidarios de la música clásica y en plano superior a los del género lírico yailable.

Si estos «hotfans» de circunstancias no conocen nuestra verdad ¿cómo van a luchar con la crítica y el menosprecio de nuestros polemistas? En cualquier discusión sus ideas, por falsas, deben ser humillantemente derrotadas. ¡Ellos que son precisamente quienes más alardean de su personalidad «hotfan»!

Apartémonos del snobismo jazzístico,